

VERSION COMPLETA

6  
ptas.



Mientras  
NUEVA YORK  
DUERME

COLECCION FOTOFILM DE BOLSILLO N.º 19

Colección

FOTOFILM DE BOLSILLO

N.º 19 - 1959

PUBLICACION SEMANAL PARA ADULTOS

EDICIONES MANDOLINA

BILBAO - MADRID



DANA ANDREWS - RONDA FLEMING

GEORGE SANDERS \* HOWARD DUFF

THOMAS MITCHELL \* VINCENT PRICE

JOHN BARRYMORE, Jr. - SALLY FORREST

JAMES CRAIG \* IDA LUPINO

DIRECTOR:  
**FRITZ LANG**

Depósito legal - BI 520 - 1959



**mientras  
Nueva York  
duerme**

Derechos artísticos y literarios reservados

Impreso en el año 1959 en los TALL. GRÁFICOS PHER<sup>®</sup>  
Calle Villabaso, BILBAO (España)

# RADIO FILMS



mientras  
**Nueva York**  
duerme



DANA ANDREWS  
RONDA FLEMING  
GEORGE SANDERS  
HOWARD DUFF  
THOMAS MITCHELL  
VINCENT PRICE  
JOHN BARRYMORE, JR.  
SALLY FORREST  
JAMES CRAIG  
IDA LUPINO

DIRECTOR: FRITZ LANG

## TÉCNICOS

Productor	Bert Friedlob
Director	Fritz Lang
Guion	Casey Robinson
Novela	Charles Einstein
Fotografía	Ernest Laszlo, A. S. C.
Sonido	Jack Solomon
Escenografía	Jack Mills
Música	Herschel Burke, S. C. A.
Montaje	Gene Fowler, Jr. A. C. E.
Figurines	Norma
Peinados	Cherie Banks

## REPARTO

Mobley . . . . .	Dana Andrews
Mildred . . . . .	Ida Lupino
Dorothy . . . . .	Rhonda Fleming
Loving . . . . .	George Sanders
Walter Kine . . . . .	Vincent Price
Griffith . . . . .	Thomas Mitchell
Nancy . . . . .	Sally Forrest
Kaufman . . . . .	Howard Duff
Kritzer . . . . .	James Craig
Monner . . . . .	John Barrymore, Jr.



Aún de noche, Nueva York es una ciudad bulliciosa. Se diría que muchos de sus habitantes ignoran la marcha del sol, sus apariciones y sus ocasos. Son los murciélagos de la gran urbe, los que consiguen que la complicada vida de esa gran metrópoli no se interrumpa

por el infantil motivo de que el astro rey deje paso libre a la noche.

Una de las profesiones cuya actividad no se interrumpe es la de repartidor. Los hombres que a ella se dedican trabajan contra reloj, realizando sus entregas antes de que llegue el nuevo

día. Uno de ellos es Robert Manner, joven hosco, de expresión extraña, dominado por una obsesión anormal: odia a las mujeres.

Aquella noche del comienzo de nuestra historia, llamó al apartamento de una muchacha, Judith Felton, la cual se hallaba sola. Manner vió la ocasión de satisfacer su atormentada mente. Avanzó hacia la pobre Judith. Sus ojos tenían la mirada de un loco. Al darse cuenta del peligro, ella intentó gritar, pero Manner la derribó brutalmente de un golpe mortal.

Después, serenamente, con el lápiz de labios de su víctima, escribió en la pared del cuarto de baño: "Preguntad a mamá"...

- O -

Al ser conocida la noticia, la fibra periodística de Amos Kyne vibró. Se trataba del propietario de las Empresas Kyne: un periódico, una agencia de noticias y un servicio de información gráfica. Los jefes de estas secciones eran, respectivamente: John Day Griffith, director del New York Sentinel; el ambicioso Mark Loving y el apuesto Harry Kitzer. El señor Kyne también contaba con la valiosa cooperación de Ed-



... DOROTHY... NANCY ... MILDRED ...



ward Mobley, notable escritor que había alcanzado el premio Pulitzer con una de sus obras, y se encargaba de divulgar las noticias a través de la televisión.

Amos Kyne rogó a su secretaria que llamase a los cuatro a su despacho.

—Señor Kyne — le recordó

con la mejor de las intenciones la secretaria —, le prometió al doctor que hoy no trabajaría más.

—Acaba de llegar la noticia de un crimen — exclamó Amos, fogosamente —, y ellos la desprecian. ¡Es todo un notición!

Momentos después, Mo-

bley, Griffith, Loving y Kitzer se introducían en su despacho.

—No me gusta que a mi servicio de información se le adelante otro —les espetó, de buenas a primeras.

—Bah, uno de tantos crímenes — observó Loving.

—Sin duda, la vida de un ser humano no le merece mucha consideración — dijo Amos Kyne.

—Está bien — suspiró Mark Loving —, ahora me ocuparé de ello.

Kyne arrugó su frente envejecida.

—¿Cuántas mujeres usan en el país lápiz de labios? — preguntó.

—¿Cuántas mujeres hay? — inquirió sonriente el activo Griffith.

—Quiero que cada vez que se pinten se estremezcan de terror — prosiguió Kyne —. Llamad a ese tipo en primera plana "El asesino del lápiz de labios".

—Como quieras, Amos — dijo Griffith con familiaridad, no en balde trabajaba en la Empresa desde su juventud.

—Han sacado fotos? — preguntó nuevamente Kyne.

—Enviaré al fotógrafo inmediatamente — aseguró Kitzer.

Amos Kyne hizo un gesto

con la mano.

—Ahora salid de aquí y poneos a trabajar — ordenó.

Solamente Mobley quedó con él en el despacho.

—¿Quiere que hable de esto en mi charla televisada? — preguntó el muchacho.

Pero Amos Kyne se había derrumbado en su lecho, con una expresión de fatiga en su semblante.

—Ed, estoy muy inquieto — murmuró.

—Y yo. Entré en antena dentro de un momento.

—¿Quién dirigirá mi organización cuando se me pare la máquina? — agregó Kyne, con honda preocupación.

—Usted aún tiene cuerda para muchos años — le animó Mobley.

—¡Las Empresas Kyne! — exclamó en un suspiro Amos —. Algo que se ha llevado toda una vida de inteligencia y esfuerzo en levantarlas... Y he comprobado que durante todo ese tiempo sólo he cometido dos grandes errores.

Mobley sonrió.

—Me sorprende que usted llegue a admitir tantos — comentó.

—Uno, mi hijo Walter — prosiguió gravemente Kyne —. Le he consentido todo: caballos de polo, yates, diversiones sin cuento.

... NO ME GUSTA QUE ...



—Creo que ese me va a tocar a mí —dijo Mobley.

—¿Por qué no quiere ocupar mi puesto, Ed? —le preguntó Kyne, mirándole

cara a cara—. ¿Dónde está su ambición?

Para Amos Kyne, Mobley era como un hijo. Le había orientado al comienzo de su

carrera y le tenía verdadera simpatía. En realidad, veía en él todo lo que hubiera deseado para su hijo Walter. Le apreciaba realmente y no

desperdiaba ocasión de manifestar su sentimiento.

—No le estoy hablando del poder —prosiguió Amosino de algo más elevado..

De la responsabilidad que tiene la prensa libre ante el pueblo. En nuestra nación, es el pueblo quien toma las decisiones. Y para que esas decisiones resulten justas... debe conocer los hechos que nosotros...

Según avanzaba en su discurso, la voz de Kyne se fue apagando. Al final, sólo era un susurro casi ininteligible. Mobley le miraba algo impresionado. De pronto, el anciano cerró los ojos y quedó inmóvil.

—¡Amos! ¡Amos! —exclamó Mobley, inclinándose sobre él.

Poco después, el locutor de la televisión anunciaba la intervención de Edward Mobley...

—Son las once en punto, y las Empresas Kyne, entre las que se cuentan los periódicos Kyne, la Agencia de Noticias Kyne, la Agencia Fotográfica Kyne y el Semanario Kyne, presenta al distinguido escritor y editorialista galardonado con el Premio Pulitzer...

Mobley, con dolorido acento, empezó diciendo así:

—Señoras y caballeros: Aunque nuestra obligación es dar noticias, no quisiera tener que dar esta... Hace unos momentos, Amos Kyne ha pasado a mejor vida...

Al día siguiente, el hijo de Amos Kyne, Walter, hacía su presentación en la oficina que en adelante dirigiría. Llamó a los tres jefes de sección...

—Caballeros —les saludó Walter—, exceptuando a Harry, no les conocía a ustedes. Usted es Mark Loving.

—Sí, señor —dijo Mark.

—Qué cargo desempeña usted aquí?

—Dirijo la Agencia de noticias télegráficas "Kyne News". Supongo que aprobará la información sobre la muerte de su padre... ¿o sugiere otra cosa?

El tono de Mark era irónico, pues sabía a Walter incapaz de dar una orden sensata en aquel negocio.

—Las noticias —repitió Walter, indeciso—. Hablaremos de eso un día de estos.

Se volvió a Griffith.

—Usted debe de ser... John Day Griffith.

—Sí, el que barre los suelos —sonrió el aludido—. Soy el director del "Sentinel"... y consejero de los otros nueve periódicos.

—¿Es usted el responsable de que se dé la noticia de un crimen en la misma página en que se da la muerte de mi padre? —preguntó Walter, disgustado.

—El quiso que destacára-



... MOBLEY Y KITZER ESCUCHABAN...



... EL ESTUDIDO DEL HIJO ...

mos ese crimen — indicó Griffith —. Claro... que no sabía que su nombre saldría también. Pero, sea como sea, yo he respetado su último deseo.

Walter no dijo nada más, mirando seguidamente a Kitzer.

— Harry, cuánto tiempo sin vernos — murmuró.

— ¿Cómo está Dorothy? — preguntó Kitzer.

— Ven a cenar una noche. Walter miró a los tres.

— De momento, — dijo —, no tengo intención de hacer ningún cambio en el personal. De modo, que por ahora no deben tener ustedes motivos para preocuparse. Al salir, ¿querrán decir a Mobley que pase?

Griffith, Loving y Kitzer salieron y comunicaron a Mobley que le requerían en el despacho. Cuando entró, Walter le miró fijamente.

— ¡Conque usted es Edward Mobley! — exclamó.

— Reciba mi pésame, señor Kyne — dijo Mobley.

— Siéntese.

— Gracias.

Después de que se hubo acomodado el recién llegado, Walter agregó:

— ¿Usted es el que escribió aquel libro? ... Siempre que mi padre se enfadaba conmigo, lo cual era muy a menudo, salía usted a relucir...

cir... Que si Mobley esto, que si Mobley aquello... Ya me estaba hartando.

— Sí, claro, lo comprendo — dijo Mobley, convencionalmente.

— Esos tres que acaban de salir ya han formado su opinión personal de mí — prosiguió Walter —. ¡El estúpido del hijo de Amos Kyne! Y usted compartirá su criterio.

— Francamente, no tengo elementos de juicio para opinar respecto a usted — aseguró el escritor.

— Otros editores tienen a sus hijos a su lado y los inicián en el negocio... Pero él no. Hasta ponerme al corriente de todo, necesitaré que me ayude... Lo cual no significa que no vaya a hacer las cosas a mi modo, pero entre bastidores.

Miró triunfalmente a Mobley y agregó:

— He tenido una idea... una gran idea, aunque pequeño de inmodestia el decirlo. Voy a crear aquí un nuevo cargo... el de director ejecutivo, una persona que realice el verdadero trabajo... ¿Qué opina usted?

— Yo creo que es un paso que su padre habría aprobado — indicó Mobley.

— Mi padre ya no existe. Ahora, esta empresa es mía, y voy a darme el gus-



to de hacer una prueba. Será divertido ver a esos tres individuos luchar para trepar al nuevo puesto. ¿Qué dice usted a esto?

—Prefiero no decir nada

—expuso Mobley, que veía en todo ello los caprichos de una mente aburrida que deseaba destacarse.

Walter sonrió maliciosamente.

... NO TENGO ELEMENTOS DE JUICIO...



—Cuando tenga pendientes de un hilo a esos sujetos, cuando comprendan que todos los resortes de sus existencias están en mis manos... no me despreciarán.

Dígame: ¿habría tenido mi padre alguna vez una idea como esta?

—No —aseguró Mobley, convencido de todo ello—. ¡Nunca!

... EN LA REDACCION ...



Al ser conocida la noticia, nació una seria rivalidad entre los tres jefes de sección. Casi pudiera decirse que

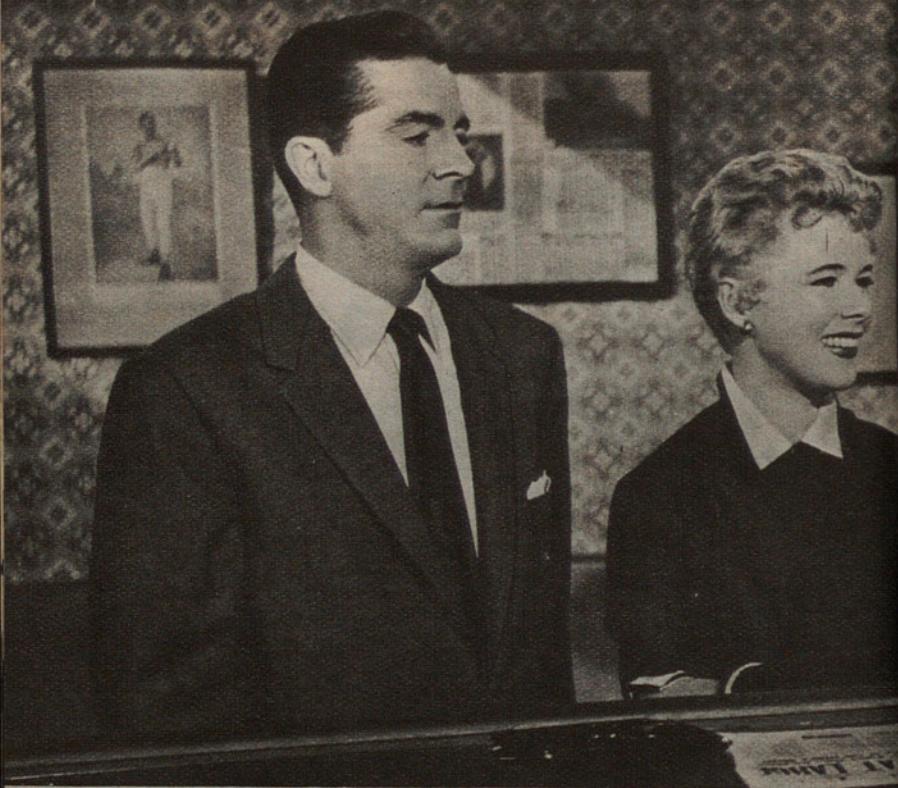
empezaron a aborrecerse mutuamente. Por lo menos, en el caso de Mark Loving, eso era verdad...

—Hasta que consiga ese nuevo cargo —confesó a su amiga Mildred, una vivaracha muchacha que también

trabajaba en la Empresa —voy a vivir sobre ascuas.

—Los compañeros ya han empezado a hacer apues-

... HE DEJADO A KYNE ...



tas —dijo Mildred—. Eres su favorito y el mío por seis a dos.

—No es tan fácil —murmuró pensativo Loving—. He recurrido a todas las influencias... He escrito una docena de cartas... Cuento con todo el apoyo que quiera, pero Kyne hace hincapié en la cues-

tión de ese crimen, como si resolverlo constituyera un factor decisivo. ¿Tú crees que lo es?

—¿Y por qué no?... Eso acreditaría un cerebro superior al de Walter Kyne... Sí, él tendría un notición y un director ejecutivo, sin tomarse la molestia de decidir por

su cuenta.

—Ya sale ese tipo de Griffith del despacho de Kyne —dijo Loving, volviendo la cabeza—. ¿Qué es lo que habrá estado haciendo ahí dentro?

—Creí que le tenías afecto a John —se extrañó Mildred.

—No hay cabida para afectos en estas circunstancias —declaró duramente él—. ¿Qué estará tramando con Gerald Meade ahora?

Mildred sonrió, al advertir la honda preocupación que se reflejaba en el rostro de Loving.

—Si resolver el crimen es

lo que importa —dijo—, Griffith querrá tener de su parte el reportero de sucesos... ¿Por qué no intentas de convencerle de que trabaje para tí?

—Griffith debe de estar sobornándolo.

—Tú procura trabajar a Meade —dijo Mildred, tratando de ayudarle—. Y si crees que ello puede tranquilizarte, dentro de un rato me dejaré caer por el Bar Dell... a sonsacar a Griffith.

- o -

En el Bar Dell, se hallaban sentados a la barra, Mobley, su novia Nancy, que era la secretaria de Loving, y Griffith...

—He dejado a Kyne rugiendo como un león —dijo el último, entre sorbo y sorbo de "whisky"—. ¡Tráigame al asesino!, gritaba. Utilicen a los mejores hombres, reporteros, articulistas, editoriales, fotógrafos, informadores... pero démelo al asesino".

—Y el que le entregue al asesino conseguirá el nuevo puesto —indicó Mobley.

—¡Ajá! —exclamó Griffith, con cierta excitación—. ¿Por quién apuestas? ¿Por Loving?... Es listo, rápido y

conoce a gente influyente... Pero Loving no conseguirá ese puesto. Me lo llevaré yo, porque he gastado toda mi juventud y treinta mil dólares en "whisky" por devoción a mi trabajo. Porque tengo una mujer extremadamente sufrida y dos chicos. Y porque tú y yo, unidos vamos a poner en claro ese crimen.

—El señor Loving quiere que Ed esté de su parte —apuntó la simpática Nancy.

—Pues no se saldrá con la suya, porque Ed tiene que ayudarme —exclamó Griffith—. Y, además, te hablaré claro: yo no te prometo que obtendrás ventajas... ¡En absoluto!

Mobley le miró pacientemente.

—Y yo te hablaré con la misma claridad —expuso—. No me importa quién obtenga ese puesto. Primero, porque dejé la información criminal hace cinco años. Y, en segundo lugar, no quiero exponer mi garganta en una pelea de perros como la vuestra.

Griffith se alarmó. Había contado con la cooperación de su amigo. Deseaba el puesto ofrecido por Kyne fervientemente.

—¡Ed, por favor! —suplicó, con teatral acento—.

... RUGIENDO COMO UN LEON ...



Siempre he sido un buen amigo tuyo. —se volvió a Nancy y agregó—: Dile que siempre he sido un buen amigo suyo.

En aquel momento, llegó al bar Mildred, con la secreta intención de averiguar los verdaderos pensamientos de Griffith.

—Toma lo que quieras, te invito —le dijo a modo de saludo el último.

—Muchas gracias, John —sonrió la recién llegada—, eres muy amable. Yo creo que todos deberíamos estar amables con los demás durante esta temporada.



—¿Cómo está Mark? —quiero saber Mobley.

—Ha ido a acompañar a quién tú sabes —contestó Mildred.

—¿Quién es "quien tú sabes"? —inquirió Griffith.

—¿Quién sino Walter...

Walter Kyne?

—Tenía entendido que el

"honrado" Harry Kritzer cenaba hoy con él —comentó vagamente Mobley, vaciando su vaso de un sorbo.

- o -

Efectivamente, así era. Walter, su novia Dorothy y Harry, se hallaban reunidos

en casa del primero. Kyne ignoraba que Harry pretendía a Dorothy, la cual le correspondía. Por otra parte, Kritzer ambicionaba el puesto de director ejecutivo, por lo que su mente se debatía en un contradictorio mar de indecisiones.

Pero abandonemos a este

desagradable triunvirato y volvamos a Nancy y a Mobley. Habían abandonado el bar, y en él a Mildred y a Griffith, y ahora se encontraban en la puerta del apartamento de la muchacha. Esta señaló la entrada del apartamento de enfrente.

—A que no sabes quién

vive ahora aquí? —preguntó a su novio—. Harry Kritzer.

—¿El honrado Harry? —preguntó muy sorprendido Mobley.

—Sí, y con mucho misterio. Ni siquiera ha puesto el nombre en su buzón.

—¿Un escondite, eh? —comentó el escritor. —A quién querrá esconder en él?... Pero, como te iba diciendo, lo más sensato que pueden hacer dos que se quieren es conocerse bien antes de casarse. ¡Se ve por ahí cada matrimonio! Un tío de un metro ochenta con una chica que apenas mide un metro cuarenta... ¿Y cómo se entienden?... El no sabe si a ella le gusta la música y ella no sabe si a él le gustan los libros.

Edward Mobley se hallaba algo animado a causa de las copas que acababa de tomar en el bar.

—Seguramente se casaron para averiguarlo —dijo Nancy, siguiendo la conversación—. Bueno, yo ya sé todo lo que quería averiguar esta noche. Adiós.

—Buenas noches —se despidió Mobley, con harto sentimiento.

Ella cerró la puerta y, de pronto, Mobley la abrió fácilmente, entró en el apartamento y se dirigió, ante la

... COMO TE IBA DICIENDO ...



... MOBLEY HABLO CON KAUFFMAN ...





asombrada mirada de Nancy, al teléfono. Llamó a Ediciones Kyne, a Gerald Meade.

—Oye, Gerald — habló Mobley, cuando el reportero de sucesos se situó en el extremo de la línea —, esa Judith Felton, a la que asesinaron... ¿Tenía en la puerta un cierre de seguridad?

—Sí — contestó Meade —. ¿Por qué te interesa ese detalle?

—Ah, es que acabo de hacerme miembro de la Sociedad Protectora de Doncellas Virtuosas — se mofó Mobley —. Deberías ponerle una cadena de seguridad a la puerta.

A pesar de lo que hasta entonces había dicho, a Mobley interesaba vivamente el caso del asesino del lápiz de labios. Además, la seguridad de Nancy le preocupaba.

Regresó a la entrada del apartamento y se volvió a su novia, que le había seguido hasta allí.

— ¿Sabes una cosa? — dijo Nancy —. Me gustaría que ayudaras a Griffith.

— A mí nunca me ayudó nadie.

— Sabes que no es cierto. Te ayudó Amos Kyne y Griffith lo haría si pudiera. Y yo también. Haría lo que tu me pidieses. Tienes que ayudar

... NO DEJO HUELLAS...

... BUSCABA INFORMACIÓN...



a Griffith porque es tu amigo.

—Y tú, mi cielo —susurró Mobley, mirándola fijamente.

—¿Debo telefonear a papá y a mamá? —preguntó sonriendo Nancy.

—Para preguntarles si puedes casarte con un pobre periodista?

—Para decírles que lo voy a hacer.

Mobley se dijo que no podía haber una mirada más dulce que la que iluminaba el rostro de Nancy en aquel momento. El inoportuno sonido del timbre del teléfono interrumpió la romántica escena. La muchacha entró en su apartamento y tomó el telé-



sión de sus ojos a intervenir en el asunto.

—Está bien —declaró—. Te ayudaré. ¡Pero sólo por esta vez!

- o -

Burt Kaufman era un excelente amigo de Mobley. Estudiaron juntos. Ahora ocupaba el puesto de teniente en la policía de Nueva York. Recibió a Mobley con amplia sonrisa.

—¿A quién han detenido? —preguntó el periodista.

—Al portero de la casa de la víctima —informó Kaufman—. Pero no lo divulgues hasta que demos la nota. Lo están interrogando.

—¿No hay posibilidad deoirlo?

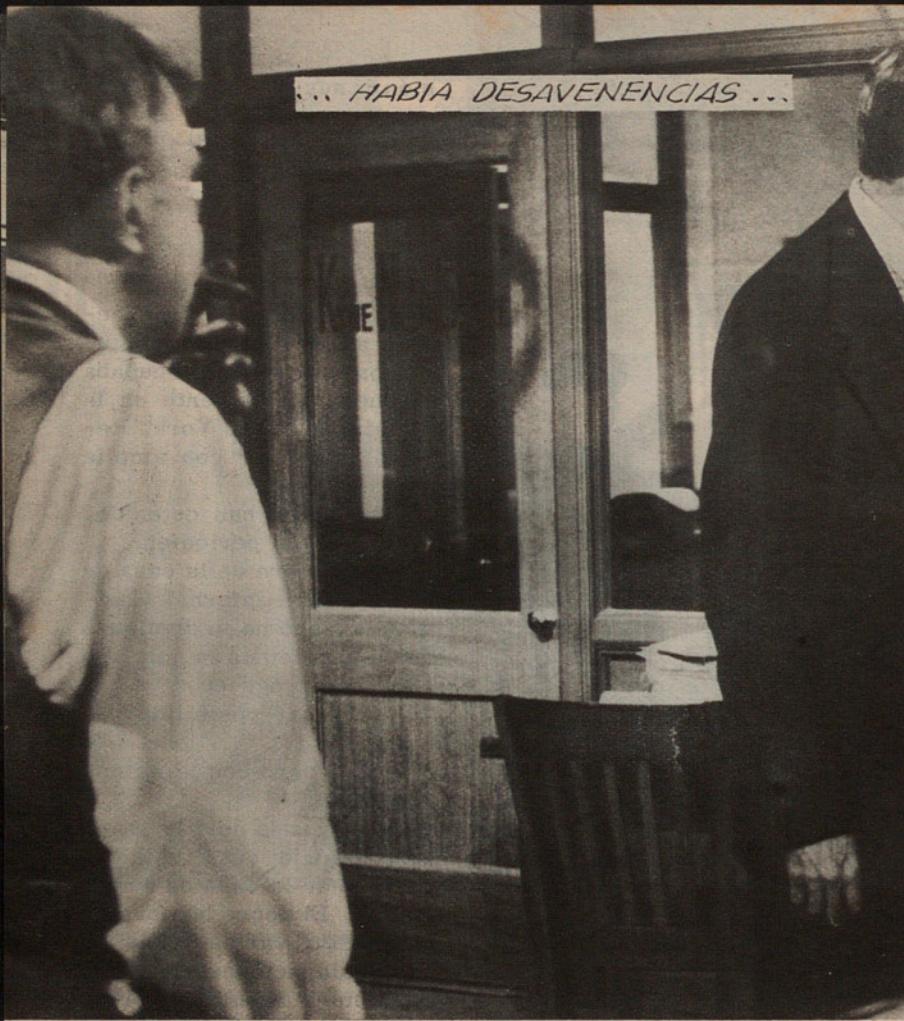
—Sí... pero con la misma condición.

Mobley pudo asistir al interrogatorio de Pilski, el portero de la casa de Judith Felton. El pobre hombre se contradijo varias veces en sus declaraciones, pero para Mobley resultó evidente que era inocente.

—Según creo —dijo Griffith—, tú tienes buena amistad con el teniente Kaufman, ¿verdad? Han detenido a un individuo. Tú podrías ir a ver a Kaufman a la Jefatura.

Mobley miró a Nancy, quien le animó con la expre-

... HABIA DESAVENCIAS ...



bía que hacer algo para aclarar la opinión pública y a las autoridades. Pero lo soltaréis entes de veinticuatro horas.

Seguidamente, llamó por teléfono a Griffith desde la

misma Jefatura, para comunicarle que el detenido era el portero y que él, Mobley, se iba a casa a dormir. Cuando colgó el aparato, se volvió a Kaufman.

—Busca un hombre joven,



Burt —le aconsejó.

—Suposiciones tuyas —dijo el policía.

—Este es el crimen premeditado... de un loco. Y no es el primero. No dejó huellas dactilares.

—Es que llevaría guantes... ¿Por qué dices que el asesino es joven?

—Recuerda el lápiz labial —indicó Mobley.

—No es el primero que deja una inscripción —dijo

Kaufman—. Hace años..

—Lo sé, lo sé... —le interrumpió Mobley—. Recuerdas aquel que puso "Deténganme que ya no puedo contenerme".

—La misma canción con otra letra: "Preguntad a mamá".

—Un mimado de su madre, si no me equivoco —apuntó Mobley.

—O lo puso para despistar —opinó el policía.

—Yo creo que lo hizo por impertinencia. Está burlándose de la policía al dejar pistas... pero ninguna huella.

Una nueva noticia trágica llegó en aquel momento a la Jefatura. Una maestra de veintiún años, soltera, había sido estrangulada a las tres de la madrugada.

—El asesino entró por la ventana de la alcoba —explicó el agente que acababa de traer la información.

—¿Y el lápiz de labios? —preguntó Kaufman.

—Lápiz de labios? —se extrañó el agente.

—Ese guasón es demasiado listo para insistir en ese detalle —dijo Mobley.

—Ella lo agarró por el pelo —siguió explicando el agente—. Encontramos unos cuantos pelos entre sus dedos.



Kaufman dió un salto al oír la noticia.

—¡Estupendo! —exclamó—. ¿Hay huellas?

—No: Debió de usar guantes.

... MANNER ESCUCHO ...

Seguidamente, Mobley expuso a su amigo un plan ingenioso para capturar al asesino, consistente en enfrentarse a él a través de la televisión. Sin perder un mo-

ento, Mobley comenzó a redactar lo que pensaba decir.

No lejos de allí, en la misma Jefatura, Gerald Meade rogaba al sargento O'Brien

... POR CUANTO TIEMPO ...



que le facilitara alguna información especial sobre el caso "Felton". Tanto insistió, que el sargento decidió favorecer a su amigo.

—¿Te serviría que te dijera por qué detuvimos a Pilski? —le preguntó.

—Sí. ¿Por qué? —inquirió ávidamente Meade.

—Me prometes que no dirás de dónde lo has sacado?

—Prometido.

—Pues, bien: se encontraron las huellas de Pilski en el arma homicida.

Los ojos de Gerald Meade brillaron.

—Gracias —dijo—. No te arrepentirás de esto.

Fue a un teléfono y transmitió a Loving la sensacional noticia. Loving, entusiasmado, felicitó a Meade, e inmediatamente comunicó a Kyne que acababa de descubrir al asesino del lápiz de labios.

—¿Es cierto eso? —exclamó Kyne—. ¡El gran notición sobre el asunto más sensacional del país!

Enterado Griffith de lo que sucedía, dió su opinión, que, por cierto, vino a echar un jarro de agua fría sobre la euforia de su jefe y de su compañero.

—Has telegrafiado esta noticia? —preguntó a Mark—. Hay que anularla.

—¿Por qué? —quiso saber Kyne—. ¿No lo afirmó un policía?

—Lo que haya dicho, si no es ante un tribunal, no goza de inmunidad —declaró Griffith.

—¿Qué quiere decir con eso? —casi gritó Kyne.

—Que lo que uno repita, si no ha sido dicho bajo juramento legal, tiene que sostenerlo por sí solo —aclaraó Loving.

—¿Qué quiere decir?

Walter Kyne estaba demudado.

—Que si el portero no la mató, eso sería entonces... difamación —reveló duramente Griffith.

—¡Difamación! —repitió, Kyne aturdido.

—Y usted sería demandado —concluyó Loving, conteniendo a duras penas su furor.

Kyne se volvió a él. Sus labios temblaron.

—¿Es así como dirige usted ese servicio informativo? —le preguntó, y Loving advirtió en su tono algo que le hizo sospechar que el puesto de director ejecutivo estaba perdido para él.

- o -

Aquella noche, según el plan previsto, Mobley habló

en la televisión exclusivamente para el asesino de las dos muchachas.

—Señoras y caballeros —empezó diciendo—: Aproximadamente a las tres de la mañana y en nuestra ciudad, un ser humano ha quitado la vida a un semejante. En el mundo actual, los actos de violencia no son raros. Mi razón al dar importancia a este hecho particular es la esperanza que abrigó de que el asesino pueda estar escuchándome...

Efectivamente, Robert Manner se hallaba ante su aparato de televisión, siguiendo con reconcentrada atención la charla.

—Voy a decirle unas cuantas cosas al asesino —prosiguió Mobley—: Primera: señor desconocido, ya no va a permanecer mucho tiempo como tal. Segunda: usted es fuerte, lo bastante para haber podido matar por estrangulación, esta madrugada, a una pobre maestra de escuela llamada Laura Kelly. Tercera: también es usted quien en la anterior semana mató, golpeándola, a una muchacha llamada Judith Felton. ¡Usted es el asesino del lápiz de labios!... Cuarta: usted es el lector de las llamadas novelas de misterio. Quinta: usted tiene pelo

castaño oscuro; varias hebras de su pelo fueron halladas entre los dedos de su última víctima. Sexta: usted es joven. El análisis de su pelo realizado por el laboratorio de la policía revela que tiene usted, aproximadamente, unos veinte años... Séptima: es un mimado de su mamá... Octava: el sentimiento normal de afecto que debería sentir hacia su madre, se ha ido retorciendo hasta transformarse en odio hacia ella... y todos los seres de su sexo...

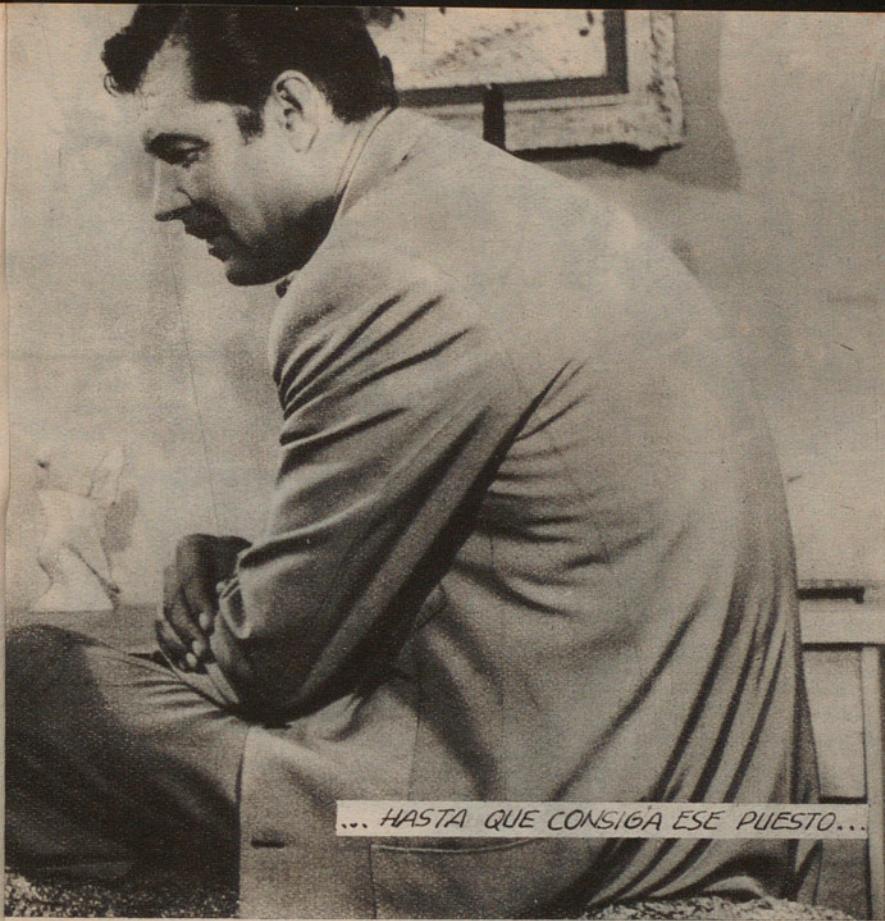
En aquel momento, en la habitación de Manner entró su madre...

—¿Puedo pasar hijito? —preguntó, con singular dulzura—. Te oí llegar a las cuatro de la mañana. ¡Qué dura es para tí la vida, teniendo que trabajar por las noches y estudiar por el día! Desde que tu padre nos dejó...

—¡Aquel no era mi padre! —gritó Manner—. ¡Ni tú eres tampoco mi madre!

—Robert, no digas eso...

—Por qué no, si es cierto? Cuando me adoptasteis, tú querías una niña, ¿verdad? Y él quería un niño. Y ninguno de los dos quedásteis satisfechos... Recuerdo bien una vez, cuando yo tenía ocho años. Una vecina me vió qui-



... HASTA QUE CONSIGIÓ ESE PUESTO...

tando el polvo de la casa. Tú sonreíste y le dijiste: "Si, es igual que una niñita, ¿no es cierto?"

—Pero, Robert —sollozó la madre—, tú eres mi hijo... y mi hija... y todos los hijos que quisiera poder haber tenido...

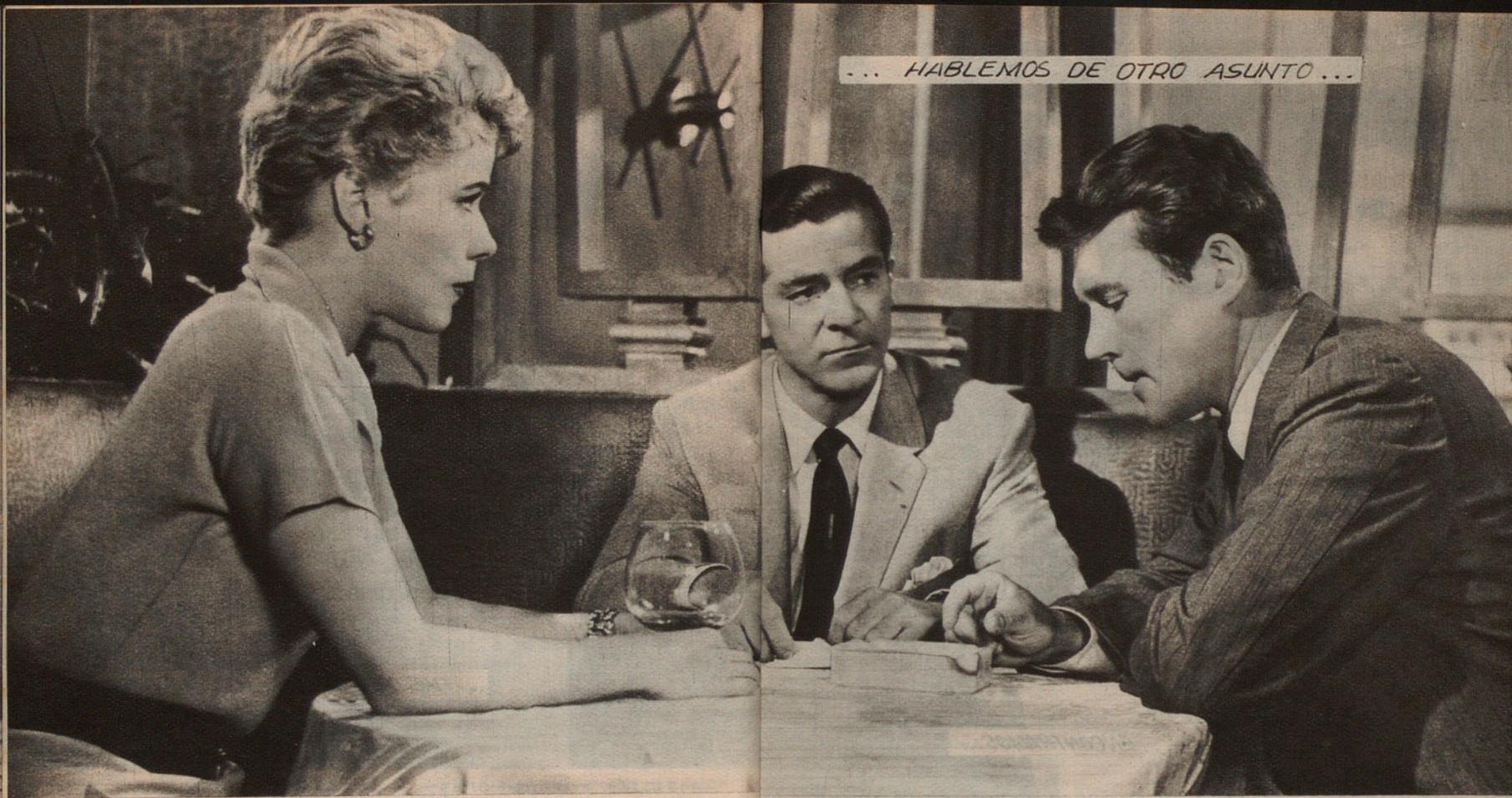
Poco después, se reunían

Nancy, Mobley, Griffith y el policía Kaufman...

—Hoy ha sido bueno el espacio de televisión de tu novio —comentó el último, dirigiéndose a la muchacha.

—Ahora tenemos que dar el paso inmediato —dijo Mobley, mirándola a su vez.

Griffith puso cara de



asombro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó. —Todavía no has hablado de eso con Nancy?

—Ahora precisamente iba a decírselo —contestó Mobley, algo nervioso—. Te has dado cuenta, Nancy, de que lo que perseguía con mi charla televisada era insul-

tar al asesino?... Ahora me odiará a mí y a quien sepa que yo quiero. Y si no me equivoco respecto a su mente perturbada, tarde o temprano hará su aparición... y morderá el cebo.

—¿Qué cebo? —preguntó Nancy

—Una chica bonita, como

las otras dos —declaró el escritor, sonriendo.

—¿Y quién es?

—Pues una chica encantadora que tiene un botón de seguridad en su puerta.

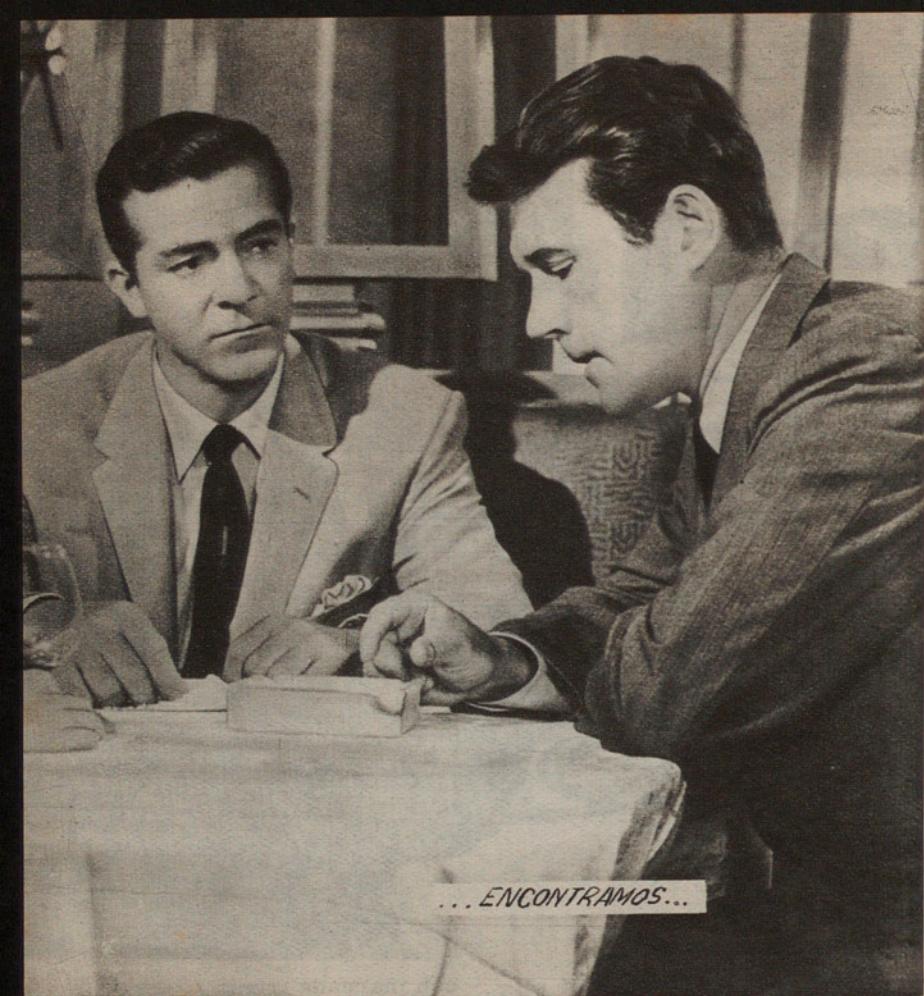
Nancy comprendió de qué se trataba.

—¿Te refieres a una que se llama Nancy? —preguntó,

con marcada ironía.

Mobley carraspeó. Quería convencer a su novia de que, si la exponía al peligro, había tomado ya todo género de precauciones.

—¿Ves a ese hombre del traje oscuro que está sentado a la barra? —señaló—. Se llama Mike O'Leary. Es un



agente de policía de la brigada Burt. Desde este momento se convertirá en tu sombra. Te acompañará hasta tu piso y se asegurará de que tu puerta queda bien cerrada. Por la mañana, no salgas hasta que llegue él pa-

ra acompañarte donde quiera que vayas. Estarás más segura de lo que hayas podido estar en toda tu vida.

Griffith movió la cabeza, sonrió y dijo sarcásticamente:

—Así es el sujeto con quien

vas a casarte.

—Da la casualidad de que me gusta que sea así —dijo Nancy, de modo encantador—. Anoche le dije que haría cualquier cosa por él y no me vuelvo atrás. Está bien, haré lo que dices. Así todo queda en la familia.

—Estaba convencido de que estarías de acuerdo —murmuró Mobley, tranquilizado—, pero me ha gustado oírlo de tus labios, porque la noticia de nuestro compromiso matrimonial ya ha salido en el periódico...

- o -

Por su parte, Harry Kitzler y Dorothy, la novia de Walter Kyne, temían a cada momento que el secreto que compartían fuera conocido por el actual dueño de las Empresas Kyne...

—¿Por cuánto tiempo podemos mantener esto? —quiso saber Dorothy.

—El tiempo suficiente, supongo —dijo Harry, con una sonrisa.

—Y cuánto es el tiempo suficiente?

—Hasta que consiga ese puesto, se entiende —claró él.

—Hasta que yo te consiga ese puesto —puntualizó Dorothy—. ¿No es eso lo que

querías decir?

Harry Kitzler asintió en silencio. Dorothy no desconocía sus verdaderas intenciones.

- o -

La forma de obtener el puesto de director ejecutivo atormentaba a Mark Loving. Continuamente confiaba a Mildred sus inquietudes.

—¡Si tuviera a Mobley de mi parte! —exclamó—. El conoce a gente importante.

—¿Y tú no? —inquirió Mildred.

—¡Ah, sí, claro! Conozco al "maître" del Stork Club, al del Colony y al del Veintiuno. Conozco al que explota las carreras de galgos, y este conoce al de las carreras de caballos, y el de las carreras de caballos conoce a gente de la buena sociedad, y esta gente me conoce a mí. Pero Mobley conoce a los policías. Oye, Mildred, ¿quieres que obtenga ese puesto?

—Ya sabes que sí —aseguróle la muchacha.

—Entonces, háblale a Mobley. Tú le conoces mucho mejor que yo, y bien puedes hablarle de mí. Sé que te escuchará. Simpatiza contigo.

Mildred vaciló unos momentos. Deseaba sincera-



...VIO UNA CAJA...

206

mente ayudar a su amigo Mark, pero, al mismo tiempo, quería jugar limpio.

—Comprendo tus intenciones —dijo—, pero, la verdad, no sé si podré conseguirla.

—Tienes que hacerlo, Mildred —insistió Mark—. Yo te quiero mucho, ya lo sabes. Y si hicieras una cosa así, te querría mucho más.

Mildred sonrió agradecida.

—Gracias —musitó—. Yo también te quiero, Mark.

- o -

Según prometiera a Loving, Mildred fue directamente al encuentro de Mobley, a quien halló en el bar.

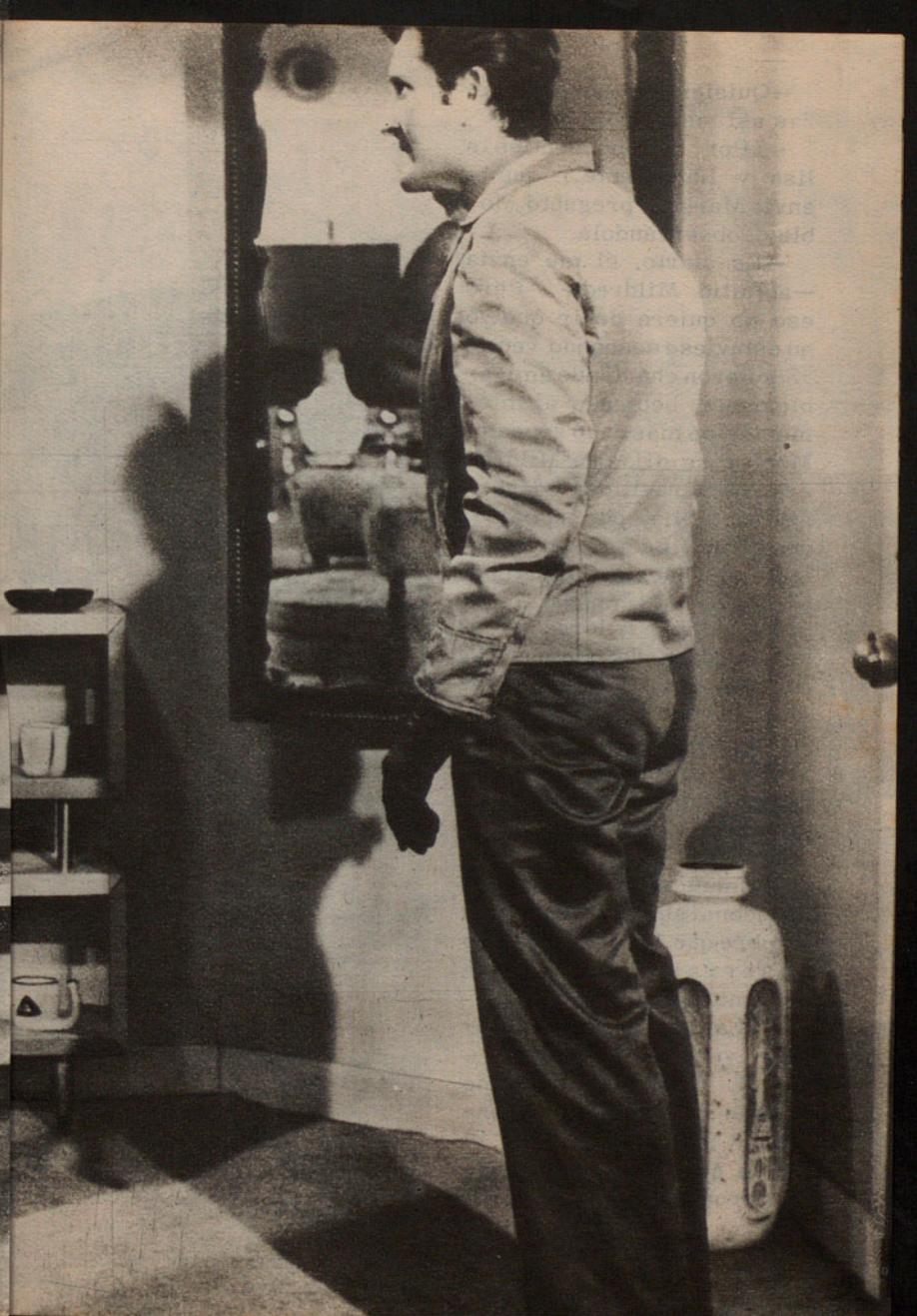
—¿Me invitas a tomar algo? —le preguntó, con la mejor de sus sonrisas.

Mobley saludó encantado y Mildred se dirigió al barman.

—Carlo... Un cocktail de champán, con clavo molido. Y sírvale otro al señor Mobley. —Miró a éste y agregó: —¿Sabes que Mark quedó profundamente impresionado con lo de la difamación?

—No te preocupes, Mildred —dijo el escritor—. Tu hombre todavía puede conseguir el puesto.

...DIO UN GRITO...



—Quisiera que no le llamas así —suplicóle ella.

—¿Por qué no confiesas lisa y llanamente... que te envía Mark? —preguntó Mobley, observándola.

—Es cierto, él me envía —admitió Mildred—. Pero eso no quiere decir que yo no estuviese deseando venir.

Siguieron charlando amigablemente, bebiendo al mismo tiempo más de lo sensato. Mobley se dijo que Mildred era una maravillosa conversadora y ella, por su parte, pensó que Ed era un excelente muchacho. Simpatizaban desde hacía mucho tiempo. Al final, Mildred ya no se acordaba de que aquella conversación la había comenzado por seguir las instrucciones de Mark.

Más tarde, salieron del bar y tomaron un taxi para dirigirse a sus respectivos domicilios.

Momentos después de que abandonaran el local, un hombre que les había estado observando atentamente preguntó al barman:

—¿Ese es el famoso Mobley, verdad?

—Sí, pero esta noche no resulta tan famoso —contestó Carlo, recordando el efecto que los cocktails habían producido en el muchacho.

... FUE DETENIDO ...





—Y la mujer que va con él es su novia, ¿eh? —siguió preguntando Robert Manner, pues de él se trataba. Una

extraña mueca se dibujó en su semblante...

Al día siguiente, Mobley, ya con la mente despejada,



se encontró en la Redacción con su amigo Griffith.

—Tu charla televisada la reproduce toda la prensa del

país—anunció éste—. Aunque si esa idea de provocar al asesino no nos diera resultado, tendremos que buscar

... LA NOTICIA LLEGO ...



una rama donde ahorcarnos.  
—Mi rama se ha partido  
ya —murmuró Mobley, re-

cordando su encuentro con  
Mildred.  
—¿Cómo está Mildred?

—Todo el mundo está ente-  
rado ya de eso.  
—¿Nancy también?

—La telefoneé a media no-  
che —dijo Mobley.  
—¿Querías que fuera la

primera en saberlo? —preguntó risueño Griffith.

—Era mejor que se enterara por mí.

Poco después, Mobley se encontraba con ella y con Kaufman, en el bar. Como esperaba, Nancy estaba furiosa.

—Esto ha sido una añagaza tuya —dijo duramente, dirigiéndose a su novio—. Hiciste que Burt me invitase a comer con el exclusivo objeto de entrevistarse conmigo

Mobley se movió inquieto en su asiento.

—Loving lanzó a Mildred contra mí —explicó—. Le dije que no quería tener tratos con su amigo, la dejé en la puerta de su hotel y no quise subir a tomar una taza de café, a pesar de que me invitó. Eso fue todo.

—Luego discutiréis eso, chicos —intervino Kaufman—. Hablemos del otro asunto. Y espero que lo que voy a deciros quedará entre nosotros, ¿verdad?

—Claro —aseguró Mobley.

—Está bien —prosiguió el policía—. Los dos crímenes, y acaso algún otro anterior...

—No fueron cometidos por el mismo individuo —aventuró Mobley, sin abandonar su gesto contrariado.

—Sí que fueron —dijo Kaufman—. Hemos vuelto al piso

de la Felton y encontramos unos cuantos cabelllos... idénticos a los hallados en el otro crimen.

—¿Y dónde está el secreto? —quiso saber Mobley.

—Es que hay algo más... igualmente confidencial.

—Aquí todo es confidencial excepto lo de Mildred y yo —comentó el escritor, echando una ojeada a la imponente Nancy, la cual no se inmutó.

—Escucha —continuó el policía—: Hemos repasado las denuncias de robo con escalón aclarados, de unos meses acá, y creemos que por ahí empezó ese sujeto. Siempre robaba a muchachas solas e indefensas. Ese hombre está loco por las mujeres.

—La descripción concuerda con Ed Mobley —dijo Nancy ironicamente.

—¡Ya sé lo que podemos hacer, Burt! —exclamó Mobley, de pronto—. Poner el retrato de Nancy en el periódico... o presentarla en la televisión.

—Publica el de Mildred —le recomendó ella, levantándose de la mesa.

—A dónde vas? —le preguntó Mobley.

—Lejos de tu vida —replicó ella, abandonando el restaurante.

El desdichado escritor bajó la cabeza.

—La quiero de veras y esto me tristece —confesó a su amigo.

—Ella también te quiere y te ha tratado como te mereces —le indicó el policía.

—Momentos después, llamaban al teléfono a Mobley, quien saltó de la mesa, loco de alegría.

—¡Ajá! ¡Sólo ha resistido hasta el primer teléfono público! —exclamó—. ¡Una mujer fuerte!

Se introdujo en la cabina telefónica y habló por el aparato.

—Acepto de todo corazón tus disculpas —dijo, creyendo que al otro lado de la línea se hallaba Nancy.

Pero, desgraciadamente para él, se trataba de Griffith.

—Están felicitando a Loving desde Tokio hasta Timbuctú —informó el periodista, nerviosamente—. Sólo un golpe de suerte puede salvarme. Ha conseguido algo muy importante para Walter Kyne.

La mente de Mobley volvió al intrincado asunto que debían resolver para que Griffith consiguiera el ambicionado puesto de director ejecutivo. Regresó pensativo a la mesa.

—Escucha, Burt —dijo—. Los crímenes de ese hombre van siendo cada vez más frecuentes, violentos y audaces. Creo que ha de introducir un nuevo elemento en ellos.

—¿A qué te refieres? —preguntó muy interesado Kaufman.

—Algo más atrevido —siguió Mobley—. ¿Ha cometido de noche todos los asesinatos?

—Sí.

—Tal vez, entonces... intente cometer el siguiente en pleno día. ¡Su más grande insolencia! A plena luz del día.

—Es decir —comentó Kaufman—, algo que satisfaga su necesidad de matar y, al mismo tiempo, aumente la emoción perversa que siente, ¿eh?

Una terrible idea acudió a la mente de Mobley. Se levantó de la mesa y casi gritó:

—¡Burt!... ¡Intentará matarla aún estando vigilada!

- o -

Acompañada del atlético policía O'Leary, Nancy se había dirigido a su apartamento. Apoyado en la puerta vió un paquete, que recogió.

—No saldré en todo el día —indicó al agente, antes de cerrar la puerta.

--En ese caso, iré a comer al bar de la esquina --le advirtió O'Leary, al mismo tiempo que le entregaba una nota--. Aquí tiene usted el número del teléfono. Si cambia de parecer, avíseme.

—Conforme —dijo Nancy, cerrando la puerta y haciendo funcionar el botón de seguridad.

No bien desapareció el corpulento policía, una silenciosa silueta hizo irrupción en el rellano. Era Robert Manner. El había depositado la caja ante la puerta del apartamento de Nancy. Llamó con los nudillos en ella.

—¿Quién es? —se oyó la voz de la muchacha.

—Ed —susurró quedamente Manner.

—¡Vete, Mobley! —exclamó Nancy, creyendo realmente que era su novio—. ¡Déjame en paz!

Manner, entonces, se volvió y llamó a la puerta de enfrente, que era la correspondiente al apartamento de Harry Kitzer. En él se hallaba en aquellos momentos sola, Dorothy. Abrió la puerta y Robert Manner la empujó violentamente.

—Qué quiere usted? —gritó Dorothy, asustada—. ¡Salga de aquí! ¡Socorro!...



A los gritos, salió Nancy y, dándose cuenta de la situación, empezó también a pe-



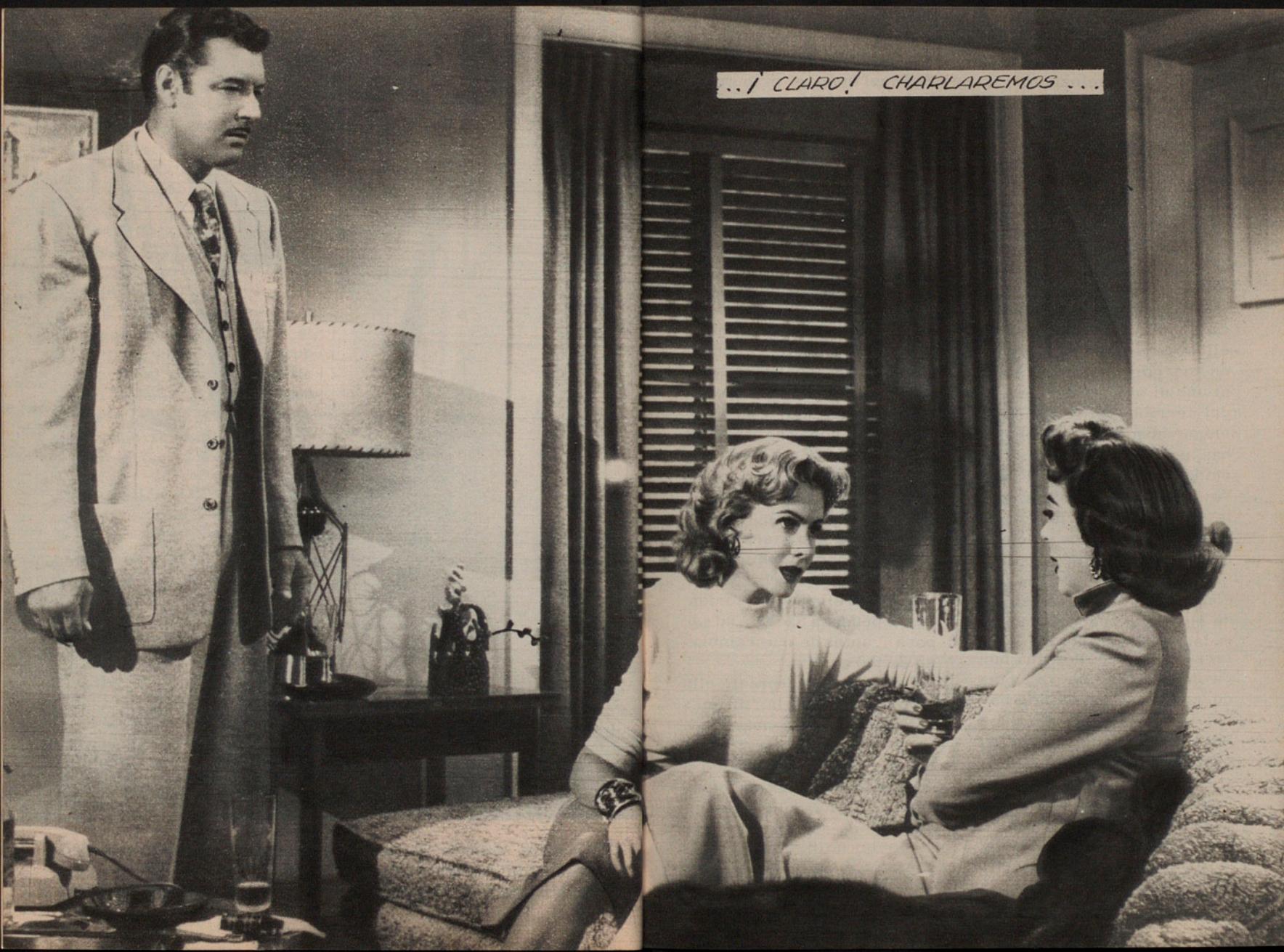
dir auxilio. Manner, desconcertado, dió media vuelta y echó a correr, en el preciso

momento en que llegaba Mobley.

—¡Es el asesino! —excla-

... FUE A LA CASA ...

*... I CLARO! CHARLAREMOS ...*



mó Nancy, señalando al hombre que huía velozmente.

Salió a la calle, seguido de Mobley y Kaufman, Manner se introdujo en una estación subterránea, saltó del andén a la vía y huyó hacia la siguiente estación. Mobley se lanzó tras él y le alcanzó. Los dos hombres entablaron furiosa batalla sobre la misma vía. Inesperadamente, un tren se aproximó a toda velocidad. Ya estaba encima de ellos. No era posible frenar en tan corto espacio. Pero ni uno ni otro se percataron del terrible peligro que corrían, absortos como estaban en el feroz duelo. Con ruido ensordecedor, el convoy pasó junto a ellos, por la otra vía, sirviendo por unos momentos de telón de fondo a la singular batalla.

Finalmente, el asesino consiguió desembarazarse de Mobley y buscó desesperadamente la salida del subterráneo. Trepó por una boca de alcantarilla y, cuando creyó que se dirigía hacia la libertad, cayó en los brazos de Kaufman, quien rápidamente lo redujo.

Alborozado, Mobley telefoneó a su amigo Griffith la buena nueva. Y Griffith envió a Mildred a que entrevistara a Dorothy sobre el encuentro de ésta con el criminal.

Deseaba a toda costa que el Sentinel fuera el primer periódico que diera la sensacional noticia... e, incluso, que los propios empleados de Kyne, especialmente Loving y Harry, se enteraran de la solución del caso a través de las páginas del diario que él dirigía.

Mildred se entrevistó con Dorothy, a la que acompañaba Harry, cambiando los tres impresiones sobre el intrincado asunto, tanto en lo referente al criminal Manner como a la lucha por el puesto de director ejecutivo.

Pero las cosas se torcieron para el activo Griffith: Harry Kitzer se las ingenió para comunicar a Kyne la noticia, dando por sentado que él había capturado al asesino.

Por su parte, Mobley, hechas ya las paces con Nancy, partió con ella hacia Florida, donde pensaba hacerla su esposa... antes de que cambiase de parecer.

En plena luna de miel, ella leyó a su esposo las últimas noticias de la prensa. Kyne había nombrado a Griffith director ejecutivo, elegido a Mildred secretaria particular y enviado a Kitzer a un viaje de dos años.

Mobley no disimuló su disgusto. A él le habían olvidado... Pero Nancy no había

concluído.

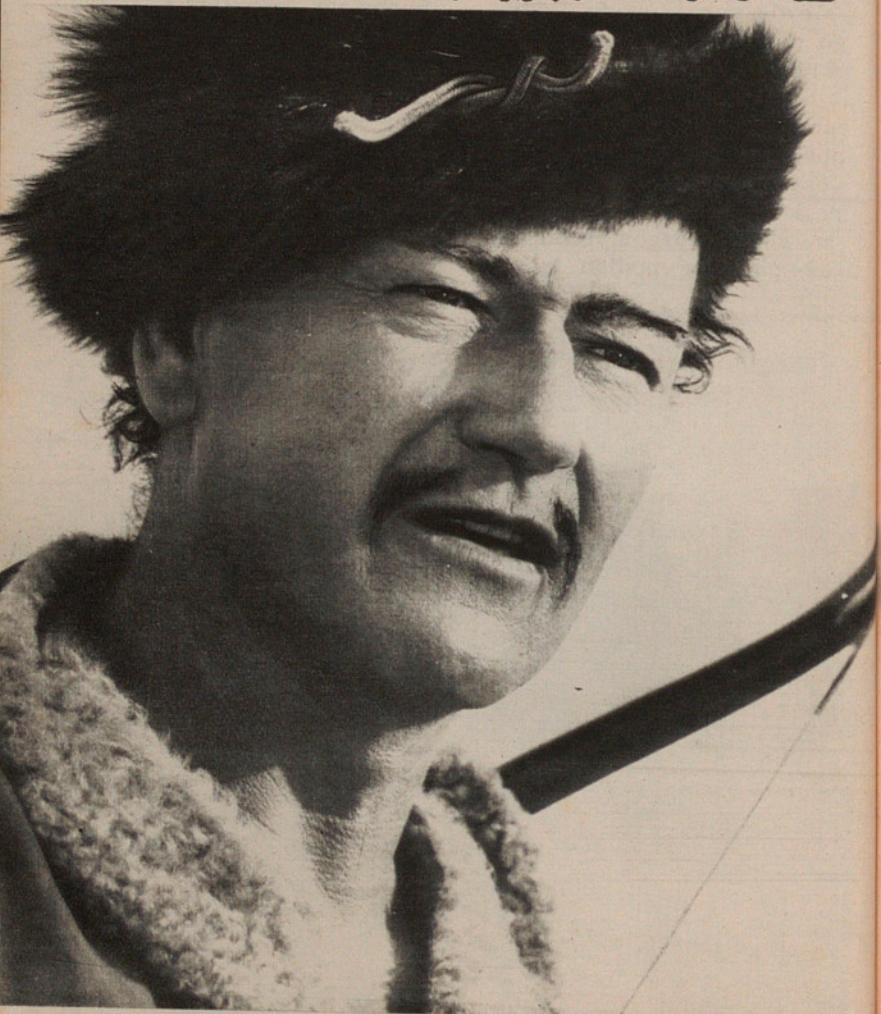
— "Mr. Edward Mobley —leyó— será elevado al cargo de gerente del New York Sentinel..."

Su mirada se clavó alegramente en el rostro de su esposo. Mobley la miró, a su vez, satisfecho. La feliz pareja se abrazó y consideró que sus esfuerzos y disgustos pasados podían darse

por bien empleados, ya que habían colaborado a que el bueno de John Day Griffith consiguiera su sueño dorado; Walter Kyne y Dorothy se unieron definitivamente, al fin; él, Mobley, alcanzase un verdadero triunfo en su profesión, y ambos, desde aquel mismo momento, esperaran un porvenir lleno de venturas...

F I N

# PROXIMAMENTE



**El Conquistador  
de Mongolia**

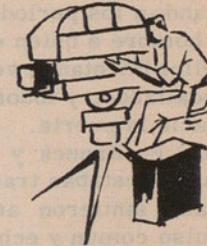
## \*\* CINENOTICIAS \*\*

### AVANCE

Allá por el año 1170, en el desierto de Gobi, los jefes de las tribus mongolas y tárteras luchaban cruelmente arrasando sus poblados y arrebatándose mutuamente los ganados y las mujeres. Temujín, uno de los jefes mongoles, emprende una ofensiva en gran escala, ignorando que su lucha le conduciría a la conquista de gran parte del continente asiático y le elevaría a la categoría de los grandes conquistadores, conociéndosele en la historia con el nombre de Gengis Kan.

Es fácil de entrever que para llevar a la pantalla tan magna empresa, los preparativos habrían de ser gigantescos, presupuestándose en la escalofriante cantidad de 6.000.000 de dólares, en los cuales queda encerrado el almacén de vestuario que se construyó en pleno desierto, con la distribución diaria de 3.000 trajes y 6.000 armas, aparte un millar de caballos que consumieron durante la filmación 16.000 dólares en piensos.

RKO Radio, reúne en este film las figuras estelares de John Wayne, Susan Hayward y Pedro Armendáriz al frente de miles de extras, mezclados en escenas de salvaje orgía bélica con situaciones de romántico idilio.



### LOS DOS EXTRAS MEJOR PAGADOS DEL MUNDO

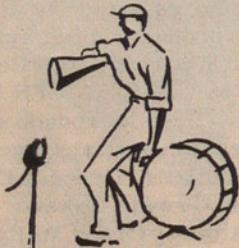
Como es sabido la última superproducción de Darryl F. Zanuck, para la 20th Century-Fox "LAS RAICES DEL CIELO", se ha rodado en el África Ecuatorial francesa, con Juliette Greco, Errol Flynn, Trevor Howard, Eddie Albert y Orson Welles en los principales papeles.

Hubo que rodar una escena de un cabaret, en la que el director John Huston necesitaba muchos individuos con aspecto de europeos que re-

presentaban corresponsales de prensa de todo el mundo.

Prácticamente todas las 120 personas que formaban el equipo técnico fueron requeridas como extras ocasionales, y al hallarse allí Patrick Leigh-Fermon, un irlandés coral que sirve de base a la película, éste se transformó en "extra con frase", y al final de la escena irrumpió en el local anunciando a los periodistas que el hombre a quien están todos ellos intentando ver ha sido localizado, y todos corren hacia la puerta.

Darryl F. Zanuck y John Huston, que estaban tras las cámaras, sintieron ambos un impulso común y echaron a correr, uniéndose al grupo de supuestos periodistas, para hacer un poco más de bulto.



LA GUERRA  
ES PELIGROSA

Hacer una película de guerra siempre es peligroso, como pudieron comprobar

los equipos de producción de David O. Selznick mientras rodaban en el norte de Italia la película Cinema-Scope "ADIOS A LAS ARMAS", de la'que son protagonistas Rock Hudson y Jennifer Jones.

Una porción de escenas de la película se desarrollan alrededor de un hospital de campaña. Los encargados de la búsqueda de escenarios encontraron un "hospital" apropiado, ya que, en realidad, se trataba de una fortaleza de hormigón construida por los austriacos en la primera guerra mundial. Pintaron una enorme cruz roja en una de las paredes y se dispusieron a rodar una escena que consistía tan solo en que Rock Hudson entrase en el "hospital", y de pronto, un extra sale corriendo e interrumpe a todos gritando: "¡Que no entre nadie!". El extra, fisigoneando dentro de la edificación había encontrado una bomba alemana, de la última guerra, escondida allí. Un oficial italiano se hizo cargo del artefacto y lo hizo estallar lejos. Cuando Rock Hudson vió el boquete, abierto en el suelo por la explosión, exclamó —"Dios mío! De aquí en adelante solo haré películas de amor".

## TITULOS PUBLICADOS

- 6
- 1 EL PUENTE SOBRE EL RIO KWAI
  - 2 ¿DONDE VAS ALFONSO XII?
  - 3 SAYONARA
  - 4 PAPA PIERNAS LARGAS
  - 5 TU Y YO
  - 6 ANASTASIA
  - 7 EDDY DUCHIN
  - 8 DUELO DE TITANES
  - 9 LOS CARNETS DEL MAYOR THOMPSON
  - 10 EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS
  - 11 GIGANTE
  - 12 EL REY Y YO
  - 13 CITA EN HONG-KONG
  - 14 EL MUNDO ES DE LAS MUJERES
  - 15 VIVA LAS VEGAS
  - 16 LOS PUENTES DE TOKO-RI
  - 17 ANA DE BROOKLYN
  - 18 MAS ALLA DE LAS LÁGRIMAS
  - 19 MIENTRAS NUEVA YORK DUERME

## EN PREPARACION

El conquistador de Mongolia  
Falso culpable  
Amor a reacción

Los líos de Susana  
Amanecer sangriento  
etc.

**COLECCION FOTOFILM DE BOLSILLO**